

rinós, escribientes, modistas y costureras, hombres de profesión y empleados públicos, en el orden dicho. Sin embargo, tenemos que considerar la institución como demasiado nueva aún para que se haya arraigado completamente. Creemos que la generación actual desaparecerá antes que se puedan recoger todos los frutos de los Bancos de Ahorro del Correo.

Los habitantes de Préstón han manifestado una fuerte propensión á economizar sus ganancias durante los últimos años, — más particularmente desde la terminación de la última huelga grande. No hay un pueblo de Inglaterra, exceptuándose quizá á Huddersfield, en que el pueblo se haya manifestado tan previsora y económico. Hace cincuenta años que sólo una persona de cada treinta de la población de Préstón depositaba dinero en los bancos de ahorros; hace veinte años, aumentaron los imponentes de uno en once; y el año pasado aumentaron á uno de cada cinco. En 1834 había sido acumulada la suma de ciento sesenta mil libras esterlinas en el Banco de Ahorros por 5,942 imponentes, y en 1874 han sido acumuladas cuatrocientas setenta y dos mil libras por 14,792 imponentes de una población total de 85,428. ¿Hay otro pueblo ó ciudad que pueda presentar un resultado más satisfactorio de la enseñanza, de la experiencia, y de la prosperidad de los últimos veinte años?

CAPÍTULO IX.

PEQUEÑAS COSAS.

La ordenada satisfacción, toda la tranquilidad que nace del gran conjunto de cosas pequeñas; sobre estos pequeños cuidados de hija, de esposa, ó de amiga, dependen los casi sagrados placeres del hogar doméstico.

HANNAH MORE.

Sabe cuándo has de gastar, cuándo has de guardar, y cuándo has de comprar, y jamás estarás en descubierto.

Aquel que desprecia las cosas pequeñas, perecerá de poco á poco.

ECCLESIASTICO.

El descuido de las pequeñeces es la roca en que se ha estrellado una gran parte de la raza humana. La vida humana consiste de una sucesión de pequeños acontecimientos, cada uno de los cuales tiene relativamente poca importancia, y, sin embargo, la felicidad y el éxito de todo hombre depende de la manera cómo trata estos pequeños acontecimientos. El carácter está cimentado sobre pequeñeces, pequeñeces conducidas bien y honrosamente. El éxito de un hombre en los negocios, depende de su atención á los pequeños detalles. La comodidad de un hogar es resultado del arreglo bien entendido de las cosas pequeñas. Un buen gobierno sólo puede efectuarse del mismo modo, con medidas bien dirigidas para la ejecución de las pequeñeces.

Las acumulaciones de saber y de experiencia de la más valiosa clase son el producto de pequeños pedazos de saber y de experiencia cuidadosamente atesorados. Aquellos que nada aprenden ó atesoran en la vida, son clasificados como personas que han fracasado, porque han descuidado las cosas pequeñas. Podrán considerar que el mundo ha estado contra ellos; pero ellos han sido realmente sus propios enemigos. Ha existido por mucho tiempo una creencia popular en la *buena suerte*; pero, como muchas otras opiniones populares, va desapareciendo gradualmente. Se va extendiendo la convicción de que la actividad es la madre de la buena suerte; en otras palabras, que el éxito de un hombre en la vida será proporcionado á sus esfuerzos, á su laboriosidad, á su atención por las pequeñas cosas. Vuestros individuos negligentes, desamparados, indefinidos, nunca encontrarán la suerte; porque los resultados de la laboriosidad les están negados á aquellos que no quieren usar los esfuerzos convenientes para asegurárselos.

No es la suerte, sino la labor, lo que hace á los hombres. La suerte, dice un escritor americano, siempre está esperando que se presente algo; el trabajo, con mirada penetrante y voluntad firme, siempre ofrece algo. La suerte está en la cama y espera que el cartero la traiga le nueva de un legado; el trabajo se levanta á las seis, y con activa pluma ó sonoro martillo pone los fundamentos de un bienestar de fortuna. La suerte se lamenta, el trabajo silba. La suerte confía en el acaso; el trabajo en el carácter. La suerte se desliza para abajo para complacerse; el trabajo forcejea para arriba, y aspira á la independencia.

Hay muchas cosas pequeñas en el hogar, á las que la atención es indispensable para la salud y la felicidad. El aseo consiste en la atención á un número de pequeñeces aparentes — el fregar un piso, el quitar el polvo á una silla, el reparar una taza de té, — pero el resultado general del todo es una atmósfera de bienestar moral y físico, — una condición favorable para el mayor desarrollo del carácter humano. La clase de aire que circula por una casa podrá parecer una pequeñez, —

porque no podemos ver el aire, y pocas personas hay que sepan algo sobre él. Sin embargo, si no procuramos una provisión regular de aire puro en nuestras casas, tendremos que sufrir inevitablemente á causa de nuestra negligencia. Algunas máculas de suciedad aquí y acullá, y una puerta y una ventana cerradas, podrán parecer cosas de poca importancia; pero pueden ser la causa de la pérdida de una vida destruida por la fiebre, y por eso la falta de aseo y el poco de aire malo son realmente asuntos muy serios. Todas las suposiciones de la casa son pequeñeces tomadas en sí mismas, pero pequeñeces que tienden á un resultado importante.

Un alfiler es una cosa muy pequeña en un artículo de vestido, pero el modo como es colocado en el vestido os manifiesta á menudo el carácter del que lo lleva. Una persona perspicaz estaba una vez buscando una mujer para casarse, y con este motivo estaba de visita en casa de una familia que contaba varias señoritas. La más bonita, de la que estaba algo enamorado, entró un día en la habitación en que él estaba sentado, con su vestido en parte desprendido y su cabello desatado: jamás volvió él á la casa. Quizá diréis que ese individuo *no valía un alfiler*, pero era en realidad un individuo perspicaz, y después fué un excelente esposo. Juzgaba á las mujeres como á los hombres — por las cosas pequeñas, y tenía razón.

Un boticario puso el aviso de que necesitaba un ayudante, y tuvo unos veinte ofrecimientos hechos por jóvenes. Invitó á todos para que fuesen á su farmacia al mismo tiempo, y puso á cada uno á envolver en un paquete el valor de un penique de sales. Eligió al que lo había hecho mejor. Deducía sus aptitudes prácticas en general, por la ejecución de esta pequeñez del negocio.

El descuido de las cosas pequeñas ha arruinado muchas fortunas y echado á perder las mejores empresas. El buque que conducía los tesoros del comerciante se perdió porque se le dejó abandonar el puerto del que se daba á la vela con un agujerito en el fondo. Por falta de un clavo se perdió la herradura del caballo del ayudante de campo, por falta de la

herradura se perdió el caballo, por falta del caballo se perdió el mismo ayudante de campo, porque el enemigo le hizo prisionero y le mató, y por falta de las instrucciones que llevaba el ayudante de campo, se perdió el ejército de su general, ¡y todo esto porque no había sido asegurado debidamente un clavo pequeño en la herradura de un caballo!

¡*Eso basta!* es la frase común de aquellos que descuidan las cosas pequeñas. ¡*Eso basta!* ha esterilizado á muchas personas, ha arruinado muchas fortunas, echado á pique muchos buques, incendiado muchas casas, y arruinado irremisiblemente millares de proyectos llenos de esperanzas para el bien de la humanidad. Significa siempre quedarse cortado de la cosa verdadera. Es un expediente fraudulento que no es más que una excusa frívola y sólo para salir del paso. Es un fracaso y una derrota. No es *eso basta*, lo que hay que hacer, sino lo mejor lo que debe uno proponerse. Que un hombre adopte una vez la máxima del *eso basta*, y queda entregado al enemigo, está del lado de la incompetencia y de la derrota, y nosotros lo abandonamos como á un objeto desahuciado.

El economista francés Say ha referido el siguiente ejemplo sobre el descuido de las cosas pequeñas. En una ocasión, en una alquería, había una puerta de cercado que encerraba el ganado y las aves, la cual se abría continuamente por falta de una aldaba conveniente. El gasto de uno ó dos peniques, y unos cuantos minutos de tiempo, habrían puesto todo en regla. Quedaba columpiando toda vez que entraba ó salía una persona, y no estando en estado de cerrarse inmediatamente, se perdían de vez en cuando algunas de las aves. Un día se escapó un lechón, y toda la familia, con el jardinero, la cocinera y la campesina salieron en busca del fagitivo. El hortelano fué el primero que descubrió al lechón, y al saltar una zanja para cortar el paso, se torció un pie que lo retuvo en cama unos quince días. Al regresar á la alquería la cocinera encontró quemada la ropa blanca que había colgado delante del fuego para que se secase, y la campesina, que en su apuro había olvidado atar las vacas en el pesebre se encontró con que una

de las vacas sueltas había quebrado una pata á un potrillo que casualmente tenían allí. La ropa quemada y el trabajo perdido del hortelano valían ciertamente cinco libras esterlinas, y el potrillo seguramente el doble, de modo que aquí hubo en pocos momentos la pérdida de una fuerte suma, nada más que por faltar una pequeña aldaba, que podía haber costado un par de peniques.

La vida está llena de ejemplos de esa clase. Cuando las cosas pequeñas se olvidan generalmente, no está muy distante la ruina. La mano del laborioso es lo que enriquece; y el hombre ó la mujer laboriosos tienen cuidado tanto de las cosas pequeñas como de las grandes. Las cosas podrán aparecer muy pequeñas é insignificantes, sin embargo, es necesario prestarles tanta atención como si fuesen asuntos de mayor cuantía.

Tomad, por ejemplo, la más humilde de las monedas — un penique. ¿Para qué sirve ese pedacito de cobre, ese penique solitario? ¿Qué puede comprarse con él? ¿Para qué sirve? Representa la mitad de un vaso de cerveza. Es el valor de una caja de cerillas. Sólo sirve para darlo á un mendigo. Y sin embargo, ¡cuánto depende la felicidad humana de la manera de gastar bien un penique!

Un hombre podrá trabajar mucho, y ganar sueldos crecidos; pero si permite que los peniques, que son el resultado de su rudo trabajo, se deslicen de sus dedos — yendo algunos á la bodega, algunos por aquí, y otros por acullá, — encontrará que su vida de duro trabajar se eleva muy poco más arriba que la faena ingrata del animal. Por el contrario, si cuida de los peniques poniendo semanalmente algunos en una sociedad de beneficencia, ó un fondo de seguros, otros en un banco de ahorros, y confía el resto á su mujer para que sea gastado convenientemente, teniendo presente el sostenimiento, comodidad y cultura de la familia, verá muy luego que su cuidado por las cosas pequeñas le retribuirá abundantemente, aumentando sus recursos, su bienestar en el hogar, y haciendo que su espíritu se halle libre relativamente de los temores del porvenir.

Todos los ahorros se forman con pequeñeces. “ De muchas

gotas de cera se hace un cirio pascual." Muchos peniques forman una libra esterlina. Un penique ahorrado es la semilla de libras ahorradas. Y las libras ahorradas significan la comodidad, la abundancia, la riqueza y la independencia. Pero el penique tiene que ser ganado honradamente. Se dice que un penique ganado honradamente es mejor que un chelín regalado. Un proverbio escocés dice: "Las cosas que son regaladas nunca son tan gratas como las ganadas." ¿Qué, aun cuando sea negro el penique? "El herrero y su penique son negros ambos." Pero el penique ganado por el herrero, es un penique honrado.

Si un hombre no sabe cómo ahorrar sus peniques ó sus libras, ha de tener siempre arrimada su nariz á la amoladera. La carencia puede venir un día cualquiera, como un hombre armado. La cuidadosa economía obra como mágica: una vez principiada á observar, llega á ser un hábito. Da al hombre un sentimiento de satisfacción, de fuerza, de seguridad. Los peniques que ha guardado en su alcancia, ó en el banco de ahorros, le dan una seguridad de comodidad durante las enfermedades ó de descanso en la ancianidad. El hombre que ahorra tiene algo que lo abriga contra la necesidad; mientras que el hombre que no ahorra nada tiene entre él la amarga y roedora pobreza.

Un hombre puede estar dispuesto á ahorrar dinero, y depositarlo para el caso de enfermedad ú otro motivo; pero esto no podrá efectuar á no ser que su mujer lo deje, ó le ayude en ello. Una mujer prudente, frugal, y económica es una corona de gloria para su esposo. Ella le ayuda en todas sus buenas resoluciones; por medio de su estímulo tranquilo y amable, puede hacer que surjan sus mejores cualidades, y con su ejemplo podrá implantar en él principios nobles, que son las semillas de las elevadas virtudes prácticas.

El reverendo Owen, que fué — antes de Bilston — buen amigo y consejero de los operarios, solía referir una historia de un hombre que no era económico, pero que llegó á serlo por el ejemplo de su mujer. El individuo era un estampador

de zarazas de Manchester, y fué convencido por su mujer, el día de su boda, para que le otorgara como parte suya un cuartillo de cerveza diario. Le chocó el trato, porque, aunque era afecto á beber, hubiera preferido una mujer perfectamente sobria. Ambos trabajaron con vigor, y el pobre hombre, faltaba rara vez á la taberna tan luego como terminaba el trabajo de la factoría.

Ella tenía su cuartillo diario, y él, quizá, tenía sus dos ó tres cuartas, y ninguno se entrometía con el otro, exceptuándose en que ella solía conseguir á veces por medio de cariñosos artificios, que él se retirara á su casa una ó dos horas más temprano; y de vez en cuando conseguía que pasara con ella toda la noche en su casa. Hacia un año que estaban casados, y el día del aniversario de su boda miró de soslayo el esposo el cuerpo garboso y arregladito de ella, con una ligera sombra de remordimiento, cuando la dijo: "María, no hemos tenido un solo día de paseo desde que nos hemos casado, y si no fuese que no tengo ni un solo penique, podríamos ir á dar una vuelta por el pueblo, para ver á tu mamá."

— ¿Te agradaría ir, Juan? preguntó ella dulcemente, entre una sonrisa y una lágrima, tan contenta de oírle expresarse con tanta amabilidad, — tan parecida á días pasados. — Si quieres ir, Juan, yo pago el gasto.

— ¿Tú pagas el gasto? dijo él con una sonrisa irónica. Qué, ¿tienes alguna fortuna, muchacha?

— No, contestó ella, ¡pero tengo el cuartillo de cerveza!

— ¿Tienes qué? preguntó él.

— ¡El cuartillo de cerveza! replicó ella.

Juan no la entendía aún, hasta que la fiel criatura sacó una media vieja de debajo de un ladrillo suelto de la chimenea, y contó su cuartillo diario de cerveza en la forma de trescientos sesenta y cinco monedas de tres peniques, esto es, cuatro libras esterlinas, once chelines y tres peniques, y poniéndolas en sus manos, exclamó: "¡Tendrás tu día de fiesta, Juan!"

Juan estaba avergonzado, sorprendido, con remordimientos de conciencia, encantado, y no quería tocarlas. "¿No has tenido

tu parte?; Pues yo ya no quiero tenerla!" dijo él. Sostuvo su palabra. Festejaron su aniversario de casamiento con la madre, — y el pequeño capital de la mujer fué el núcleo de una serie de pequeñas colocaciones de dinero, que al fin se aumentaron hasta llegar á ser una tienda, una factoría, almacenes, una casa de campo, coche, y, quizá, un Lord mayor de Liverpool.

Del mismo modo, un operario de la más humilde condición, cuya prosperidad y regularidad de conducta manifiesta á sus compañeros de trabajo lo que puede efectuar la laboriosidad, la templanza, la ternura viril, y la superioridad sobre la tentación baja y sensual; para hacer más querido un hogar que es alegre aun en medio de la sombría pobreza, un hombre semejante hace bien lo mismo que el escritor más elocuente que jamás haya escrito. Si hubiese algunos cuantos patriarcas del pueblo semejantes á éste, muy pronto se vería palpablemente en la sociedad en general su influencia benéfica. Una vida llena cumplidamente vale gran número de discursos. Porque el ejemplo es un idioma mucho más elocuente que las palabras: es instrucción en acción, sabiduría en ejercicio.

La vida diaria de un hombre es la mejor prueba de su estado moral y social. Tomad dos hombres, por ejemplo, que trabajen ambos en la misma ocupación y ganen el mismo dinero; con todo ¡cuán diferentes pueden ser ellos por lo que hace á su estado presente! El uno aparece ser un hombre libre, el otro un esclavo. El uno vive en una cabaña cómoda, el otro en una choza de barro. El uno tiene siempre sobre sí un traje decente, el otro viste andrajos. Los hijos del uno son limpios, están bien vestidos, y van á la escuela; los del otro son desaseados, están sucios, y á menudo andan en los albañales. El uno posee las comodidades ordinarias de la vida y muchos de sus placeres y conveniencias — quizá una biblioteca selecta; el otro tiene pocas de las comodidades de la vida, y es seguro que no tiene los placeres, ni lo goces, ni los libros. Y, sin embargo, estos dos hombres ganan los mismos salarios. ¿Cuál es la causa de diferencia entre ellos?

Hela aquí. Uno de los hombres es inteligente y prudente; el otro es lo contrario. El uno se niega á sí mismo, en bien de su mujer, de su familia y de su hogar determinados placeres; el otro de nada se priva, sino que vive bajo la tiranía de malos hábitos. El uno es un hombre sobrio y se complace en hacer agradable su hogar doméstico y que su familia esté cómodamente; el otro no se cuida de su hogar ni de su familia, sino que gasta la mayor parte de sus ganancias en la expendeduría de bebidas ó en la taberna. Uno de los hombres mira hacia arriba; el otro hacia abajo. La norma del placer del uno es elevada, y la del otro baja. Uno gusta de los libros, que instruyen y elevan su espíritu, el otro gusta de las bebidas, que tienden á degradarlo y embrutecerlo. El uno ahorra su dinero, el otro lo derrocha.

— Oiga, compañero, dijo un obrero á otro al retirarse á su casa una noche que salían de su trabajo, ¿quiere usted decirme cómo se arregla para vivir? ¿cómo es que usted se maneja para mantener y alimentar á su familia como lo hace, y puede poner además algún dinero en el Banco de Peniques, mientras que yo, que tengo tan buenos salarios como usted, y menos hijos, apenas puedo cubrir mis gastos?

— Bien, se lo voy á decir; consiste únicamente en esto: ¡en cuidar los peniques!

— ¡Qué! ¿es eso todo, Ransom?

— Sí, y un "todo" bueno. Ni uno solo de cada cincuenta sabe el secreto. Por ejemplo, *usted*, Juancho, no lo conoce.

— ¡Cómo! ¿yo? Vamos á ver, ¿cómo explica usted eso?

— Ahora que me ha averiguado mi secreto, le voy á decir todo lo que le concierne. Pero no debe resentirse si hablo claro. Primero, yo nada pago por mi bebida.

— ¿Nada? Es decir que no paga su trago, y se lo saca á los demás.

— ¡Nunca! Bebo agua, que nada cuesta. Los días de embriaguez siempre tienen sus mañanas, como dice el refrán antiguo. Me evito dolores de cabeza y temblores de manos, y ahorro mis peniques. Beber agua no enferma á un hombre y

no lo sume en deudas, ni hace de su mujer una viuda. Y esto, permítame que se lo diga, constituye una notable diferencia en nuestros gastos. Puede llegar quizá á una media corona por semana, ó siete libras esterlinas al año. Con esas siete libras tengo para vestirme y también á mis hijos, mientras que usted tiene los codos rotos y sus chicos andan descalzos.

— Vamos, vamos, eso es exagerar un poco. Yo no bebo tanto. Podré tomar un cuartillo de vez en cuando, pero ¡por valor de media corona por semana! ¡Bah! ¡bah!

— Veamos, pues, ¿cuánto gastó usted en bebida el sábado pasado por la noche?

— Aguárdese: tomé una cuarta con Jones; creo que tomé otra con Davis, que está para marchar á Australia, y en seguida fuime á la logia.

— Bien, ¿cuántos vasos tomó allí?

— ¿Cómo puedo decirlo? Me he olvidado. ¡Pero todo es una pamplina, Guillermo!

— Oh, no lo puede decir, ¿no sabe cuánto gastó? Le creo. Pero ése es el modo como desaparecen sus peniques, amigo mío.

— ¿Y ése es todo su secreto?

— Sí; cuide usted su penique, eso es todo. Porque yo ahorro, tengo, cuando usted carece. Es muy sencillo, ¿no es así?

— Sencillo, ¡oh sí! pero no hay nada en ello.

— ¡Sí! hay esto en ello, que ha hecho que usted me hiciese la pregunta, de cómo me manejaba yo para tener con tanta comodidad á mi familia, y depositar dinero en el Banco de Ahorros, mientras que usted, con los mismos salarios, apenas puede cubrir sus gastos. El dinero es la independencia, y el dinero se hace economizando los peniques. Además, trabajo tanto por los míos, y así lo hace usted, que no puedo animarme á derrochar un penique en bebidas, cuando puedo ahorrarlo y ponerlo en el banco al lado de otros peniques ganados penosamente. Es algo para un pie lastimado ó un día lluvioso. Eso es lo que hay en ello, Juancho; y hay bienestar también en el pensamiento de que, suceda lo que me suceda, no necesitaré mendigar ni ir al asilo. El ahorro del penique hace que me

sienta hombre libre. El hombre que siempre tiene deudas, ó que no tiene un penique á prevención, es poco menos que un esclavo.

— Pero si tuviéramos nuestros derechos, no serían tratados tan duramente los pobres como lo son ahora.

— Pero, Juancho, si tuviera usted mañana sus derechos, ¿le pondrían ellos su dinero otra vez en el bolsillo después que lo ha gastado? ¿sus derechos? le darían á sus hijos botines y medias cuando usted había escogido derrochar en cerveza aquello con que podría comprarlos? ¿Sus derechos le harían á usted ó á su mujer más económicos ó más aseado su fogón? ¿Lavarían las cosas de sus hijos los derechos, y remendarían los agujeros de su ropa? ¡No, no, amigo! Que nos den nuestros derechos sin falta, pero los *derechos no son costumbres*, y son *costumbres lo que necesitamos*, buenas costumbres. Con ellas podremos ser *ahora* hombres libres y hombres independientes, si tan sólo nos resolvemos á serlo. Buenas noches, Juancho, y acordaos de mi secreto, que es *cuidar los peniques*, y las libras esterlinas ya se cuidarán por sí mismas.

— ¡Buenas noches!

Y Juancho torció hacia la callejuela dirigiéndose á su humilde y sucia cabaña en Mains Court. Podría introducirse en su hogar doméstico, pero, *hogar doméstico* difícilmente se le podría llamar. Estaba lleno de mugre y desaseo, confusión y criaturas sucias, y en el que una mujer de aspecto desaliñado estaba rezongando. La cabaña de Ransom, muy al contrario, *era un hogar doméstico*, cómoda, con buen ajuar y aseada; el piso de la cocina estaba recién lavado; la mujer estaba limpia y arreglada, á pesar de tener muchas ocupaciones, y su esposo puede sentarse teniendo en torno suyo á los niños, en paz y contento, una vez que ha terminado su trabajo diario.

Ahora ya estaba revelado el *secreto principal*. El secreto de Ransom sobre el penique era muy bueno hasta donde alcanzaba. Pero no había dicho realmente toda la verdad. No pudo animarse á decirle á su compañero menos afortunado, que la raíz de toda la prosperidad doméstica, el apoyo principal de

toda la comodidad doméstica, *es la mujer*; y la esposa de Ransom era todo lo que de mejor puede desear un operario. No puede haber ahorro, economía, ni comodidad en el hogar doméstico, á no ser que ayude la mujer, y la mujer de un operario, más que la esposa de cualquier hombre, porque ella es esposa, tiene el gobierno económico de la casa, es ama de leche y enfermera, sirvienta y todo á la vez. Si es pródiga, fuera lo mismo que echar agua en cedazo poner dinero en sus manos. Que sea económica, y hará de su casa un sitio de bienestar, y también hará feliz la vida de su esposo, ayudándole á poner los cimientos de su prosperidad y fortuna.

Difícilmente podría esperar uno que fuese posible obtener algo que valiese la pena por el precio de un penique diario. Sin embargo, se puede encontrar muy fácilmente cuánto puede hacer un penique diario cuando se le gasta con cuidado, para asegurar la independencia de un hombre y proveer á su mujer y á su familia contra la futura presión de la pobreza y la necesidad.

Tomad un prospecto y las tablas de una Sociedad Previsora, establecida para el uso de aquellas clases que tienen un penique diario que gastar — esto es, casi todas las clases trabajadoras del país. No es necesario precisar una sociedad determinada, porque las mejores proceden todas sobre los mismos datos, — los resultados de extensas observaciones y experiencia de salud y de enfermedad, y sus tablas de arancel, certificadas por escribanos públicos, son casi iguales. Ahora bien, estudiando estas tablas de las Sociedades de Seguros sobre la vida y enfermedades, veamos lo que puede hacer un penique.

1.º Por un *penique al día* puede asegurarse para toda su vida un hombre, ó una mujer, de veinte seis años de edad, la cantidad de diez chelines por semana pagadera mientras dure la enfermedad.

2.º Por un *penique al día* (cesando el pago á los sesenta años), puede un hombre ó una mujer de treinta y un años de edad, asegurarse la suma de cincuenta libras esterlinas, pagaderas á su muerte, en cualquier tiempo que ocurra ese acontecimiento,

aunque sea durante la semana ó el mes siguiente después de efectuado el seguro.

3.º Por un *penique al día*, un joven ó una joven de quince años puede asegurarse una suma de cien libras esterlinas, continuando el pago del penique durante toda su vida; las cien libras se abonan cuando ocurre la muerte.

4.º Por un *penique al día*, un joven ó una joven de veinte años puede asegurarse una anualidad de veinte y seis libras esterlinas, ó diez chelines por semana, durante el resto de su vida después de cumplidos los sesenta y cinco años de edad.

5.º Por un *penique al día*, principiando el pago desde el nacimiento de cualquier niño, puede asegurar un padre la suma de veinte libras esterlinas, pagaderas sobre ese niño cuando cumple los catorce años de edad.

6.º Por un *penique al día*, continuando hasta que el niño haya alcanzado la edad de veinte y un años, se puede asegurar la suma de cuarenta y cinco libras esterlinas, para facilitarle á principiar algún negocio, ó establecerse en su casa.

7.º Por un *penique al día*, un joven ó una joven de veinte y cuatro años de edad puede asegurarse la suma de cien libras esterlinas, pagaderas al cumplir los sesenta años, con el derecho de retirar cuatro quintas partes de la suma pagada, en cualquiera época; siendo devueltas todas las cuotas pagadas en el caso que la muerte ocurra antes de cumplir los sesenta años.

¡Tal es el poder de un *penique al día*! ¿Quién se lo habría imaginado? Sin embargo es verdad, como cualquiera puede probarlo viendo las tablas de las mejores sociedades de seguros. Poned un penique en el Banco, y acumula lentamente. Pero aun allí mismo es muy útil. Mas con la Sociedad de Seguros adquiere inmediatamente un gran poder. Un penique al día depositado por un hombre de treinta y un años, vale sesenta libras esterlinas para su mujer y su familia, en el caso de que muriese al mes ó al año siguiente. Es la unión de los pequeños ahorros con el propósito de los seguros mutuos, hecha por un número grande de personas, lo que da al penique su enorme poder.

El efectuar ó realizar un seguro sobre la vida por un operario, para beneficio de su mujer y de sus hijos, es un acto eminentemente desinteresado. Es una transacción moral como también religiosa. Es *proveer para los de su misma casa*. Es dar el paso verdadero hacia asegurar la independencia de su familia, después que el que ganaba el sustento haya sido llamado á otro mundo. Este modo sensato de invertir los peniques es la mejor prueba de virtud práctica y de la honrada previsión é integridad de un hombre de bien.

El difunto José Baxendale fué amigo constante de los operarios que cooperaban con él en los trabajos de su vida. Era hombre de un poderoso sentido común, y se le podría llamar el Franklin de los negocios. Poseía una gran sabiduría proverbial y poderosa ayuda práctica. Constantemente insistía con sus servidores para que pusieran algo de lado para los días de tribulación, ó para ayuda de su ancianidad. Tenía también la costumbre de pensionar á sus viejos servidores cuando ya no podían trabajar.

Colocó textos en todos sus almacenes, de manera que los que pasaban pudieran leerlos. "Nunca desesperes." "Nada sin el trabajo." "Aquel que gasta todo lo que gana va por el camino de la mendicidad." "El tiempo perdido no se puede recuperar." "Que la laboriosidad, la templanza y la economía sean los hábitos de vuestras vidas." Estos textos estaban impresos en grandes caracteres, de modo que todo el que pasaba podía leerlos; muchos los tomaron á pecho, y practicaron los consejos que contenían.

En otras ocasiones solía distribuir el señor Baxendale entre sus operarios, ó quería que fuesen colocadas en sus almacenes y oficinas, otras máximas más extensas y generales. Quería que estos documentos impresos fueran colocados en las oficinas de los dependientes, ó en los sitios en que los hombres están dispuestos á estar parados, ó donde comían ó se reunían antes de volver al trabajo. Siempre estaban llenos de valiosos consejos. Copiaremos uno de ellos, sobre la importancia de la puntualidad:

"El método es el eje principal de los negocios, y no hay método sin puntualidad. La puntualidad es importante, porque favorece la paz y la buena disposición de una familia. Su falta no sólo quebranta el deber necesario, sino que también excluye algunas veces á este deber. La tranquilidad de espíritu que produce es otra de las ventajas de la puntualidad. Un hombre desarreglado está siempre apurado. No tiene tiempo para hablaros, porque tiene que ir á alguna parte; y cuando llega allí ha llegado tarde para su negocio, tiene que salir apresuradamente para atender á otro antes que pueda terminarlo. La puntualidad da peso al carácter. Tal persona ha dado una cita; entonces sé que asistirá allí. Y esto hace nacer en vos la puntualidad; porque, al igual de otras virtudes, se propaga por sí misma. Los sirvientes y los niños tienen que ser puntuales, cuando lo es su jefe. Las citas son verdaderas deudas. Os debo puntualidad, he convenido con vos en una cita, y no tengo derecho de derrochar vuestro tiempo, aunque lo haga con el mio."

Algunos preguntarán: "¿Quién era José Baxendale?" En realidad era Pickford y C.^a, nombre de una firma conocida en toda Inglaterra, lo mismo que en todo el continente. José Baxendale era hijo de un médico de Lancáster. Recibió buena educación, se dedicó al negocio de algodón, y fué á Londres á representar la firma con la cual estaba asociado. Habiendo acaecido una época de apuro comercial, deseaba abandonar el negocio de algodón y entrar en algún otro comercio. Ya había principiado el señor Pickford un negocio de agencia de conducción de mercancías, pero estaba detenido por falta de dinero. El señor Baxendale le ayudó con capital, y por cierto tiempo permaneció como socio capitalista únicamente; pero viendo que el negocio no progresaba, principalmente por falta de dirección, se resolvió al fin á tomar una parte activa en el trabajo y la dirección del asunto.

Llevó toda su energía á la firma Pickford y C.^a Reorganizó las agencias, y las extendió por todo el reino. Puso carros transportes rápidos para el camino, igual á nuestros trenes

expresos; y carros transportes pesados, iguales á nuestros buenos trenes. Utilizó mucho los canales, poniendo barcos rápidos entre todos los pueblos más grandes. En verdad, los caminos del campo eran entonces tan malos, que en ciertas estaciones era casi imposible conducir mercancías de una parte á otra del país.

Poder llevar adelante un negocio tan importante y extenso requería mucho capital, gran energía y una dirección de primera clase en materia de negocios. El número de caballos necesarios para efectuar el tráfico se aumentó de cincuenta, que eran en tiempo de Pickford, á más de mil; porque se necesitaban relevos de caballos en todas las estaciones de la línea del tráfico, entre Londres y Mánchester, entre Londres y Exeter y entre Londres y Edimburgo. Se estableció un astillero donde por cuenta de Mr. Baxendale se construyeran todos los buques, rápidos y pesados, que se necesitaran para llevar adelante el tráfico.

La parte de transporte requería muchísima vigilancia personal. Sólo un hombre de espíritu resuelto y energía indomable podía hacerlo. Tenía un buque correo en el que pasaba á lo largo de los canales, viendo que los hombres estuvieran en sus puestos, que los agentes se ocuparan de los asuntos y que el tráfico se hallara bien atendido. Esto lo hacía tanto de día como de noche. En otros días, recorría velozmente los caminos en su carruaje especial para viajar, pagando siempre los más altos precios á los mesoneros, para conseguir los mejores caballos y evitar así las tardanzas y pérdidas de tiempo. Alcanzaba á sus carros transportes, y observaba que sus empleados estuviesen sobrios, y que se hallasen bien avanzados en las estaciones á lo largo del camino, que sus armas estuvieran cargadas (porque los salteadores de caminos eran uno de los riesgos de viajar en aquel entonces), que los agentes estuviesen cumpliendo con su deber, y que todo se hallara en debido orden.

Además de alcanzar á los transportes, salía á veces á viajar por caminos laterales, porque conocía todos los caminos del

país, se adelantaba, y después se volvía, saliendo al encuentro á sus mayores, que nunca sabían si estaba delante ó detrás de ellos; y de ese modo se hizo en todos una regla la vigilancia general. Por estos y otros medios se ejecutaban los asuntos de esta empresa de una manera admirable, y el negocio de transporte en el país fué llevado al mayor grado de perfección compatible con el estado de los caminos y los canales.

Cuando todo esto fué realizado, principió la influencia perturbadora de los ferrocarriles. "Veo malas consecuencias en estos abominables caminos de hierro," dijo el duque de Bridgewater. Pero es que había llegado la época de los ferrocarriles, y no podían ser postergados. Los primeros ferrocarriles fueron empleados para conducir carbón desde las minas á la costa del mar, de donde se le embarcaba para Londres. Después se propuso que fueran colocados para conducir mercancías de una ciudad á otra; y siendo el condado de Lanca el que tenía más tráfico, fué construído uno de los primeros ferrocarriles entre Liverpool y Mánchester, de cuyas ciudades fueron construídos después en todas direcciones á través del país.

Si Mr. Baxendale se hubiera resistido á los nuevos medios de conducción, antes de mucho hubiera sido sacado de camino. Pero previó claramente el triunfo final del sistema de ferrocarriles, y le apoyó, en vez de ir en su contra. Alivió á la Compañía de Liverpool y de Mánchester de una gran cantidad de molestias, haciéndose cargo de su tráfico de mercancías, recogiendo y distribuyéndolas en ambas ciudades; después, cuando se proyectaron ferrocarriles desde Warrington á Birmingham, dió testimonio ante las comisiones del Parlamento en prueba del tráfico estimado. Y cuando fueron construídas las líneas, transportó sus mercancías de sus carros transportes al ferrocarril. De ese modo se hizo un gran conductor de mercancías por ferrocarril, recogiendo y entregando mercancías en todas las ciudades y pueblos servidos por los ferrocarriles que por ese tiempo se habían establecido.

También fué importante accionista de ferrocarriles. Sus acciones eran tantas en la línea Sud Este que fué solicitado

para ser presidente de la Compañía. En unión con el difunto sir Guillermo Cubitt fué promovedor del proyecto que la línea llegara á Dover. Pero viéndose que la Comisión Directiva del puerto de Dover era muy tacaña en dar lugar al tráfico, y demasiado avara en la tasa de sus impuestos de puerto, se decidió en el acto Mr. Baxendale bajo su propia responsabilidad á comprar el puerto de Folkestone para la Compañía del Sud Este. En seguida procedió á establecer el ferrocarril de Boulogne á Amiéns, que fué construido en su mayor parte con capital inglés, y de ese modo quedó completada la línea directa de Londres á París.

Habiéndose puesto enfermo á causa de sus arduas tareas relacionadas con sus propios negocios, así como con la extensión de los ferrocarriles, fuése al continente para buscar descanso.

Mientras estaba ausente, se formó una facción en Liverpool con el propósito de nombrar otro presidente en su lugar, y aunque se le quitó la presidencia por una superchería, aceptó con gusto su dimisión. Ya podían ayudarle sus hijos en el manejo de sus negocios, aunque hasta el fin de su vida continuó tomando parte activa en todo lo que pasaba. Jamás se cansaba de hacer bien, nunca descansó en dejar de dar su buen consejo, resultado de su larga experiencia, á los dependientes, escribientes y operarios empleados en sus diversas oficinas. Terminaremos nuestra breve reseña de su vida dando otro de sus *Sermones populares y leídos*, que distribuía con profusión entre sus empleados y tenía fijados en varios sitios de sus almacenes. Se titulaba: *Buenas máximas y consejos*.

“ Un antiguo servidor del negocio observó, hace muy poco tiempo, que empezó la vida como empleado en la casa Pickford, con un sueldo pequeño, y que por sus economías y laboriosidad había ganado un capitalito. Su máxima era no gastar nunca más de nueve peniques por cada chelín. Aunque esto pueda parecer una nimiedad, téngase presente que son cinco chelines en veinte, diez libras esterlinas en cuarenta.

“ Suponed que un joven siga este sistema. Que obtenga las primeras veinte libras, que agregue diez cada año, y al fin de

seis años poseerá más de cien libras esterlinas. Si se deja pasar la oportunidad en la juventud, muy rara vez acontece que uno pueda ahorrar dinero cuando está más entrado en años.

“ El negocio en que estamos ocupados ha sido defraudado por aquellos que han recibido salarios durante treinta años; los ahorros hechos de éstos, si hubieran seguido el plan recomendado, les habría colocado en situación de abundancia relativa; y ahora los veríamos como individuos respetables de la sociedad.

“ Nuestro bienestar depende de nuestra laboriosidad y economía. No se necesitan grandes talentos, sino una asidua contracción. No hay ninguno de nosotros que no pueda alcanzar posición y respetabilidad. « Dios ayuda á aquellos que se ayudan á sí mismos. » « El que sigue tras los placeres en vez de ir tras la ocupación, muy pronto no tendrá ocupación que seguir. »

“ Frecuentemente me quejo de lo que podría llamarse frustrerías, pero como ocurren con frecuencia, al fin no sabemos qué hacer. Que cada uno atienda sus deberes respectivos, que esté á la hora convenida en las citas dadas, y que nunca deje para mañana lo que pueda ser hecho hoy.

“ Si los negocios apremian más que de costumbre, dadles más tiempo, para que vuestras cuentas no caigan en confusión, y que no seáis la causa de originar retardos y molestias á otros. Acontece á menudo que la negligencia de los individuos echa un trabajo extraordinario sobre los que tienen anhelo por la regularidad.

“ Ocultar y tapar las faltas ó errores de los demás, es un sistema que ha prevalecido y causado muchas pérdidas y perjuicios, casi siempre á la parte que faltaba, pero más al patrón.

“ Sucesos acaecidos últimamente me conducen á llamar vuestra atención sobre este asunto: es importante en todo sentido, tanto por lo que hace á vuestra posición pública como á la privada. Nada hay tan digno de un hombre como la verdad: nada lo hace sentirse tan despreciable como una mentira. Tened pre-

sente que los hombres practican la mentira sin decirla, y que todas las apariencias falsas son mentiras.

“Aquel, pues, que ve perjudicado á su patrón, y descuida hacérselo saber, es igualmente culpable, sin olvidar además que está practicando una mentira. La falta de puntualidad es una mentira.

“Habla y obra con franqueza en toda ocasión. Los errores serán menos, y el trabajo se aminorará.

“Rara vez ocurre que podamos hacer algunos servicios importantes, pero los pequeños servicios siempre estarán en la posibilidad de muchos. Aprovechad, pues, toda oportunidad de ayudaros mutuamente, — de ese modo serviréis mejor á vuestros patrones, y también mantendréis un espíritu de cordialidad y buena voluntad entre vosotros mismos.

“Un buen cristiano tiene que ser un buen servidor. Cualquiera que sea vuestra suerte en la vida, tened presente sobre todas las cosas, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.”

CAPÍTULO X.

PATRONES Y EMPLEADOS.

Secariase el sudor de la laboriosidad y concluiría, á no ser por el fin por que trabaja. SHAKESPEARE.

El hombre es un almacén de reglas, un fardo bien empaquetado, cuya más pequeña porción está dirigida por una ley. JORGE HÉBERT.

El cuidado conserva lo que gana la laboriosidad. Quien cuida de sus negocios con actividad pero *no* cuidadosamente, arroja con una mano lo que recoge con la otra. COLTON.

La adquisición de propiedad, la acumulación de capital, ya están en las facultades de la clase trabajadora mejor retribuida; y la legislación tiene que dar ya muy pocas facilidades, ó que remover muy pocos obstáculos. Sus ahorros son ahora tan grandes, que no se necesitan más que hábitos más sobrios y un criterio más sano para convertirlos en capitalistas independientes, en menos de la mitad del tiempo de una existencia.

W. R. GREG.

Los patrones pueden hacer muchísimo para estimular los hábitos de ahorro, prudencia y sobriedad entre sus operarios. Aunque el obrero no quiera ser patrocinado, no tiene inconveniente en ser ayudado. Ya hemos visto que los individuos pueden hacer mucho; pueden cultivar los hábitos de economía, y depositar una cierta cantidad de lo que ganan para ayudarse en los tiempos calamitosos. Pero necesitan estímulo y apoyo. Necesitan simpatía; necesitan ayuda.